

Fuentes para la historia de la religión griega Mito y Religión

A. Contenido

1. Introducción: teorías sobre las relaciones entre mitología y religión.
2. Los mitos y la experiencia religiosa griega:
Mitos como fundamento de las creencias religiosas.
Mitos y rituales.
Mitos etiológicos.
La utilización literaria del mito.
Los mitógrafos.

B. Textos

I. Los mitos en sus contextos: Níobe, apresamiento de Ares, Ceneo, Ariadna, Meleagro.

1. Níobe

Homero, *Ilíada* 24, 596-620
(Traducción de Luis Segalá y Estalella)

Habló así el divino Aquileo y volvió a la tienda. Sentóse en la silla labrada que antes ocupara, de espaldas a la pared, frente a Príamo, y hablóle en estos términos:

—Tu hijo, oh anciano, rescatado está, como pedías: yace en un lecho, y cuando asome el día podrás verlo y llevártelo. Ahora pensemos en cenar; pues hasta Níobe, la de hermosas trenzas, se acordó de tomar alimento cuando en el palacio murieron sus doce vástagos: seis hijas y seis hijos florecientes. A éstos Apolo, airado contra Níobe, los mató disparando el arco de plata; a aquéllas dióles muerte Artemis, que se complace en tirar flechas, porque la madre osaba compararse con Leto, la de hermosas mejillas, y decía que ésta sólo había dado a luz dos hijos, y ella había parido muchos; y los de la diosa, no siendo más que dos, acabaron con todos los de Níobe. Nueve días permanecieron tendidos en su sangre, y no hubo quien los enterrara, porque el Cronión había convertido a los hombres en piedras; pero al llegar el décimo, los celestiales dioses los sepultaron. Y Níobe, cuando se hubo cansado de llorar, pensó en el alimento. Hállase actualmente en las rocas de los montes yermos de Sipilo, donde, según dicen, están las grutas de las ninfas que bailan junto al [Aqueloo](#); y aunque convertida en piedra, devora aún los dolores que las deidades le causaron. Mas, ea, cuidemos también nosotros de comer, y más tarde, cuando hayas transportado el hijo a Ilión, podrás hacer llanto sobre el mismo. Y será por ti muy llorado.

Apolodoro, *Biblioteca* III, 5, 6
(trad. M. Rodríguez de Sepúlveda)

Anfión (se casó) con Níobe, hija de Tántalo, que le dio siete hijos: Sípilo, Eupínito, Ismeno, Damasiotón Agénor, Fedimo y Tántalo, e igual número de hijas: Etodea (o según algunos Neera), Cleodoxa, Astíoque, Ftía, Pelopia, Asticratía y Ogigia. Hesíodo dice que fueron diez hijos y diez hijas; Herodoro que fueron dos varones y tres hembras; Homero que seis hijos y seis hijas. Níobe, feliz con tantos hijos, decía ser más fecunda que Leto, por lo que ésta, indignada, incitó a Ártemis y Apolo contra aquéllos. Ártemis flechó a las muchachas en la casa, y Apolo mató a todos los varones juntos cuando cazaban en el Citerón. De éstos sólo se salvó Anfión, y de las doncellas, Cloris, la mayor, con la cual casó Neleo. Según Telesila se salvaron Amiclas y Melíbea, pues Anfión también habría muerto flechado por

ellos. La propia Níobe abandonó Tebas y marchó al lado de su padre Tántalo en Sípilo, y allí, por sus súplicas a Zeus, fue transformada en una roca que noche y día derramaba lágrimas.

Heráclito, *Alegorías de Homero* 54-55
(trad. M^a A. Ozaeta Gálvez)

Homero ha enfrentado a vicios y virtudes, y presenta a los elementos con sus contrarios. En seguida, los dioses son emparejados de la siguiente manera, con un criterio filosófico: Atenea y Ares, es decir, la locura y la cordura. El primero, como ya dices, es “loco, nacido para el mal, voluble”. Y Atenea es “famosa entre todos los dioses por su mente y por su ingenio”. Un odio irreconciliable enfrenta, pues, a la razón —que sabe discernir de la manera más precisa— y a la locura, que nada ve...

A Leto le hace frente Hermes, ya que esta divinidad no es sino la palabra que formula lo que experimentamos en nuestro interior. Contra la palabra combate siempre Leto, como si se tratara de *lēthō* (“olvido”), cambiando simplemente una letra. En efecto, lo que se olvida no puede ser expresado; por ello refieren que Mnemósine (Memoria) es la madre de las Musas, queriendo decir con ello que las diosas que tienen a su cargo la palabra cobraron vida en el seno de la memoria. Es, pues, natural, que el olvido se lance a luchar contra su rival. Y, con toda razón, éste retrocede ante el olvido: pues dicho olvido es una derrota del discurso, y la más brillante palabra, cuando se pierde la memoria, queda borrada por un obtuso silencio.

2. Apresamiento de Ares

Homero *Iliada* V, 359-404
(Traducción de Luis Segalá y Estalella)

—¡Querido hermano! Compadécete de mí y dame los bridones para que pueda volver al Olimpo a la mansión de los inmortales. Me duele mucho la herida que me infirió un hombre, el Tidida, quien sería capaz de pelear con el padre Zeus.

Dijo, y Ares le cedió los corceles de áureas bridas. Afrodita subió al carro, con el corazón afligido; Iris se puso a su lado, y tomando las riendas avispó con el látigo a aquellos, que gozosos alzaron el vuelo. Pronto llegaron a la morada de los dioses, al alto Olimpo; y la diligente Iris, de pies ligeros como el viento, detuvo los caballos los desunció del carro y les echó un pasto divino. La diosa Afrodita se refugió en el regazo de su madre Dione; la cual, recibéndola en los brazos y halagándola con la mano, le dijo:

—¿Cuál de los celestes dioses hija querida, de tal modo te maltrató, como si a su presencia hubieses cometido alguna falta?

Respondióle al punto la risueña Afrodita:

—Hirióme el hijo de Tideo, Diomedes soberbio, porque sacaba de la liza a mi hijo Eneas carísimo para mí más que otro alguno. La enconada lucha ya no es sólo de teucros y aqueos, pues los dánaos se atreven a combatir con los inmortales.

Contestó Dione divina entre las diosas:

— Sufre el dolor, hija mía, y sopórtalo aunque estés afligida; que muchos de los moradores del Olimpo hemos tenido que tolerar ofensas de los hombres, a quienes excitamos para causarnos, unos dioses a otros, horribles males. —Las toleró Ares, cuando Oto y el fornido Efiáltes, hijos de Aloeo, le tuvieron trece meses atado con fuertes cadenas en una cárcel de bronce: allí pereciera el dios insaciable de combate, si su madrastra, la bellísima Eribea, no lo hubiese participado a Hermes, quien sacó furtivamente de la cárcel a Ares casi exánime, pues las crueles ataduras le agobiaban. —Las toleró Hera, cuando el valeroso hijo de Anfitríon hirióla en el pecho diestro con trifurcada flecha; veheméntísimo dolor atormentó entonces a la diosa.— Y las toleró también el ingente Hades, cuando el mismo hijo de Zeus, que lleva la égida, disparándole en la puerta del infierno veloz saeta, a él, que estaba entre los muertos, le entregó al dolor: con el corazón afligido, traspasado de dolor —pues la flecha se le había clavado en la robusta espalda y abatía su ánimo,— fue el dios al palacio de Zeus, al vasto Olimpo, y Peón curólo, que mortal no naciera, esparciendo sobre la herida drogas calmantes. ¡Osado! ¡Temerario! No se abstenia de cometer acciones nefandas y contristaba con el arco a los dioses que habitan el Olimpo.

3. Ceneo

Un fragmento papiráceo¹ procedente de una obra de crítica literaria transmite una cita de Teofrasto *περὶ τοῦ Καινέως δόρατος* “sobre la lanza de Ceneo”.

4. Ariadna

Jasón habla con Medea en Apolonio Rodio, *Argonáuticas* III, 989 ss.
(trad. M. Valverde Sánchez)

“Pues sin ti no superaré la lamentable prueba. Yo después te pagaré gratitud por tu ayuda, como es lícito y conviene a quienes habitan alejados, procurándote renombre y hermosa gloria. Asimismo los demás héroes te celebrarán al regresar a la Hélade, y también las esposas y madres de los héroes, las cuales sin duda ya sentadas en las riberas nos lloran. Sus penosas aflicciones podrías tú disiparlas. Ya en cierta ocasión también a Teseo lo libró de sus funestas pruebas una doncella de Minos, la bondadosa Ariadna, a quien alumbrara Pasífae, hija de Helios. Pero ella además, una vez que Minos hubo calmado su cólera, abandonó su patria con él a bordo de la nave. A ella incluso los propios inmortales la amaron y en medio del éter, como signo suyo, una corona estrellada, que llaman de Ariadna, gira toda la noche entre las constelaciones celestes. Asimismo tú obtendrás la gratitud de los dioses, si salvas tamaña expedición de hombres notables. Pues en verdad, por tu belleza, pareces brillar con amables bondades”.

Cf. Apolonio Rodio, *Argonáuticas* IV, 421 ss.

“Así ellos dos (Jasón y Medea) en complicidad urdieron una gran trampa para Apsirto, y le procuraron muchos regalos de hospitalidad; entre los cuales también le dieron el sagrado peplo purpúreo de Hipsípila. Éste lo tejieron para Dioniso en Día, rodeada por el mar, las propias diosas Gracias, y él lo donó luego a su hijo Toante; éste a su vez lo dejó a Hipsípila, y ella lo entregó al Esónida con otros muchos tesoros para que se lo llevara como preciado obsequio de hospitalidad. Ni de acariciarlo ni de contemplarlo podrías saciar el dulce deseo. Además su inmortal aroma permanecía aún desde que el propio soberano de Nisa yació en él, ebrio de vino y néctar, abrazando el hermoso pecho de la doncella hija de Minos, a la que una vez Teseo, cuando ésta lo siguió desde Cnos, abandonara en la isla de Día”.

5. Meleagro²

Homero, *Ilíada* 9, 434-605 (trad. L. Segalá)

(Habla Fénix) —Si piensas en el regreso, preclaro Aquileo, y te niegas en absoluto a defender del voraz fuego las velas naves, porque la ira anidó en tu corazón, ¿cómo podría quedarme solo y sin ti, hijo querido? El anciano jinete Peleo quiso que yo te acompañase cuando te envió desde Ptía a Agamemnon, todavía niño y sin experiencia de la funesta guerra ni de las juntas donde los varones se hacen ilustres: y me mandó que te enseñara a hablar bien y a realizar grandes hechos. Por esto, hijo querido, no querría verme abandonado de ti, aunque un dios en persona me prometiera rasparme la vejez y dejarme tan joven como cuando salí de la Hélade, de lindas mujeres, huyendo de las imprecaciones de Amíntor Orménida, mi padre, que se irritó conmigo por una concubina de hermosa cabellera, a quien amaba con ofensa de su esposa y madre mía. Esta me suplicaba continuamente, abrazando mis rodillas, que yaciera con la concubina para que aborreciese al anciano; quise obedecerla y lo hice; mi padre, que no tardó en conocerlo, me maldijo repetidas veces, pidió a las horribles Erinies que jamás pudiera sentarse en sus rodillas un hijo mío, y el Zeus del infierno y la terrible Perséfone ratificaron sus imprecaciones. Estuve por matar a mi padre con el agudo bronce; mas algún inmortal calmó mi cólera, haciéndome pensar en la fama y en los reproches de los hombres, a fin de que no fuese llamado parricida por los aqueos. Pero ya no tenía ánimo para vivir en el palacio con mi padre enojado. Amigos y deudos querían retenerme allí y me dirigían insistentes: degollaron gran copia de pingües ovejas y de bueyes de tornátiles pies y curvas astas; pusieron a asar muchos puercos grasos sobre la llama de Hefesto; bebióse buena parte del vino que las tinajas del anciano contenían; y nueve noches seguidas durmieron aquéllos a mi lado, vigilándome por turno y teniendo encendidas dos hogueras, una en el pórtico del bien cercado patio y otra en el vestíbulo ante la puerta de la habitación. Al llegar por décima vez la tenebrosa noche, salí del aposento rompiendo las tablas fuertemente unidas de la puerta; salté con facilidad el muro del patio, sin que mis guardianes ni las sirvientas lo advirtieran, y huyendo por la espaciosa Hélade, llegué a la fértil Ptía, madre de ovejas. El rey Peleo me acogió benévolo, me amó como debe de amar un padre al hijo unigénito que tenga en la vejez, viviendo en la opulencia;

¹ Ox. P. XIII, 1611, fr. 1, ll. 38-100. *Vid.* M^a del Henar Velasco López, “Ceneo, el invulnerable. Su lanza”, en J. C. Fernández Corte – G. Hinojo Andrés, eds., *Homenaje a Carmen Codoñer*, Salamanca, 2007, pp. 835-843; “Ceneo, el invulnerable. Su metamorfosis” *Minerva* 20, 2007 (en prensa).

² *Vid.* M^a del Henar Velasco López, “Lecturas del mito de Meleagro” *Minerva* 17, 2004, 31-83.

enriquecióme y púsome al frente de numeroso pueblo, y desde entonces viví en un confin de la Ptía reinando sobre los dólopes. Y te crié hasta hacerte cual eres, oh Aquileo semejante a los dioses, con cordial cariño; y tú ni querías ir con otro al banquete, ni comer en el palacio, hasta que, sentándote en mis rodillas, te saciaba de carne cortada en pedacitos y te acercaba el vino. ¡Cuántas veces durante la molesta infancia me manchaste la túnica en el pecho con el vino que devolvías! Mucho padecí y trabajé por tu causa, y considerando que los dioses no me habían dado descendencia, te adopté por hijo para que un día me librases del cruel infortunio. Pero Aquileo, refrena tu ánimo fogoso, no conviene que tengas un corazón despiadado, cuando los dioses mismos se dejan aplacar, no obstante su mayor virtud, dignidad y poder. Con sacrificios, votos agradables, libaciones y vapor de grasa quemada, los desenojan cuantos infringieron su ley y pecaron. Pues las Litai son hijas del gran Zeus y aunque cojas, arrugadas y bizcas, cuidan de ir tras de Ate: ésta es robusta, de pies ligeros, y por lo mismo se adelanta, y recorriendo la tierra, ofende a los hombres; y aquéllas reparan luego el daño causado. Quien acata a las hijas de Zeus cuando se le presentan, consigue gran provecho y es por ellas atendido si alguna vez tiene que invocarlas. Mas si alguien las desatiende y se obstina en rechazarlas, se dirigen a Zeus y le piden que Ate acompañe siempre a aquél para que con el daño sufra la pena. Concede tú también a las hijas de Zeus, oh Aquileo, la debida consideración por la cual el espíritu de otros valientes se aplacó. Si el Atrida no te brindara esos presentes, ni te hiciera otros ofrecimientos para lo futuro, y conservara pertinazmente su cólera, no te exhortaría a que, deponiendo la ira, socorrieras a los argivos, aunque es grande la necesidad en que se hallan. Pero te da muchas cosas, le promete más y te envía, para que por él rueguen, varones excelentes, escogiendo en el ejército aqueo los argivos que te son más caros. No desprecies las palabras de éstos, ni dejes sin efecto su venida, ya que no se te puede reprochar que antes estuvieras irritado. Todos hemos oído contar hazañas de los héroes de antaño, y sabemos que cuando estaban poseídos de feroz cólera eran placables con dones y exorables a los ruegos. Recuerdo lo que pasó en cierto caso no reciente, sino antiguo, y os lo voy a referir, amigos míos.

Curetes y bravos etolos combatían en torno de Calidón y unos a otros se mataban, defendiendo aquéllos su hermosa ciudad y deseando éstos asolarla por medio de las armas. Había promovido esta contienda Artemis, la de áureo trono, enojada porque Eneo no le dedicó los sacrificios de la siega en el fértil campo: los otros dioses regaláronse con las hecatombes, y sólo a la hija del gran Zeus dejó aquél de ofrecerlas, por olvido o por inadvertencia, cometiendo una gran falta. Airada la deidad que se complace en tirar flechas, hizo aparecer un jabalí de albos dientes, que causó gran destrozo en el campo de Eneo, desarraigando altísimos árboles y echándolos por tierra cuando ya con la flor prometían el fruto. Al fin lo mató Meleagro, hijo de Eneo, ayudado por cazadores y perros de muchas ciudades —pues no era posible vencerle con poca gente, ¡tan corpulento era!, y ya a muchos los había hecho subir a la triste pira—, y la diosa suscitó entonces una clamorosa contienda entre los curetes y los magnánimos aqueos por la cabeza y la hirsuta piel del jabalí. Mientras Meleagro, caro a Ares, combatió, les fue mal a los curetes que no podían, a pesar de ser tantos, acercarse a los muros. Pero el héroe, irritado con su madre Altea, se dejó dominar por la cólera que perturba la mente de los más cuerdos y se quedó en el palacio con su linda esposa Cleopatra, hija de Marpesa Evenina, la de hermosos pies, y de Idas, el más fuerte de los hombres que entonces poblaban la tierra. (Atrevióse Idas a armar el arco contra Febo Apolo, para recobrar la esposa que el dios le robaba; y desde entonces pusieronle a Cleopatra sus padres el sobrenombre de Alcione, porque la venerable madre, sufriendo la triste suerte de Alción, deshacíase en lágrimas mientras el flechador Febo Apolo se la llevaba). Retirado pues, con su esposa, devoraba Meleagro la acerba cólera que le causaran las imprecaciones de su madre; la cual, acongojada por la muerte violenta de un hermano, oraba a los dioses, y puesta de rodillas y con el seno bañado en lágrimas, golpeaba el fértil suelo invocando a Hades y a la terrible Perséfone para que dieran muerte a su hijo. La Erinies, que vaga en las tinieblas y tiene un corazón inexorable, la oyó desde el Erebo, y en seguida creció el tumulto y la gritería ante las puertas de la ciudad, las torres fueron atacadas y los etolos ancianos enviaron a los eximios sacerdotes de los dioses para que suplicaran a Meleagro que saliera a defenderlos, ofreciéndole un rico presente: donde el suelo de la amena Calidón fuera más fértil, escogería él mismo un hermoso campo de cincuenta yugadas, mitad viña y mitad tierra labrantía. Presentóse también en el umbral del alto aposento el anciano jinete Eneo; y llamando a la puerta, dirigió a su hijo muchas súplicas. Rogáronle asimismo sus hermanas y su venerable madre. Pero él se negaba cada vez más. Acudieron sus mejores y más caros amigos, y tampoco consiguieron mover su corazón, ni persuadirle a que no aguardara, para salir del cuarto, a que llegaran hasta él los enemigos. Y los curetes escalaron las torres y empezaron a pegar fuego a la gran ciudad. Entonces la esposa, de bella cintura, instó a Meleagro llorando y refiriéndole las desgracias que padecen los hombres, cuya ciudad sucumbe: Matan a los varones, le decía; el fuego destruye la ciudad, y son reducidos a la esclavitud los niños y las mujeres de estrecha cintura. Meleagro, al oír estas palabras sintió que se le conmovía el corazón; y dejándose llevar por su ánimo, vistió las lucientes armas y libró del funesto día a los etolos; pero ya no le dieron los muchos y hermosos presentes, a pesar de haberlos salvado de la ruina. Y ahora tú, amigo mío, no pienses de igual manera, ni un dios te induzca a obrar así; será peor que difieras el socorro para cuando las naves sean incendiadas; ve, pues, por los presentes, y los aqueos te venerarán como a un dios, porque si intervinieras en la homicida guerra cuando ya no te ofrezcan dones, no alcanzarás tanta honra aunque rechaces a los enemigos.

Papiro Ibscher, col. 1 = *Miníada* 6 (trad. A. Bernabé) = Hesíodo *Fgto.* 280

“(Ninguno de los hombres pudo) hacerme perecer con su violencia y con su larga lanza, (pero la Moira funesta) y (el hijo) de Leto (me) hicieron perecer”.

Hesíodo, *Eeas fgo.* 25
(trad. A. Martínez Díez)

“Ninguno de los héroes en la lacrimosa guerra matadora de hombres se atrevió a mirar de frente y atacar al violento Meleagro cuando se aprestaba a luchar cara a cara. Pero a manos de Apolo... luchando contra los curetes junto a la elevada Pleurón”.

Baquílides, *Epinicio* V 127 ss.
(trad. F. García Romero)

“Allí yo (Meleagro) entre otros muchos, maté a Íficlo y al valeroso Afarete, mis impetuosos tíos maternos; pues Ares de violento ánimo no distingue al amigo en el combate, sino que ciegos salen de sus manos los dardos contra las vidas de los enemigos y llevan la muerte a quienes la divinidad quiera.

Esto no tuvo presente la despiadada hija de Testio, madre malhadada, y planeó mi destrucción, intrépida mujer. Quemó fuera del artístico cofre, entre sollozos, el leño de pronta muerte, el cual precisamente la diosa del destino había decretado que fuera entonces límite de nuestra vida. Me hallaba yo despojando el irreprochable cuerpo de Clímene, valeroso hijo de Daípilo, tras haberlo alcanzado delante de las murallas – ellos huían hacia la bien construida ciudad

de Pleurón–, cuando comenzó a debilitarse mi dulce vida; me di cuenta de que se me iban las fuerzas, ¡ay!, y exhalando el postrer aliento rompí a llorar, desgraciado, por la radiante juventud que dejaba tras de mí”.

Esquilo, *Las Coéforas* 602-611
(trad. B. Perea Morales)

“Sépallo todo aquel que no deja que vuele su mente. Que conozca la maquinación que meditó una mujer que mató a su hijo, la miserable hija de Testio: quemó, prendiéndole fuego, el rojo tizón que tenía la misma edad que su hijo desde que lloró, cuando hubo salido de su madre y con él compartía la duración de la vida hasta el día fijado por la Moira”.

Apolodoro, *Biblioteca* I, 8, 1-3
(trad. M. Rodríguez de Sepúlveda)

“Eneo, rey de Calidón, fue el primero que cultivó la vid, recibida de Dioniso. Casado con Altea, hija de Testio, engendró a Toxeo... Altea tuvo otro hijo de Eneo, Meleagro, que algunos creen engendrado por Ares. Cuentan que al cumplir siete días se presentaron las Moiras y declararon que Meleagro moriría cuando el tizón que ardía en el hogar se consumiese. Altea al oír esto, retiró el tizón y lo guardó en un arca. Meleagro, que creció invulnerable y valeroso, murió por la siguiente causa: habiendo ofrendado Eneo las primicias de los frutos anuales de la región a todos los dioses, se olvidó únicamente de Ártemis, y ella, irritada, envió un jabalí de fuerza y tamaño extraordinarios que arrasaba los sembrados y destruía los rebaños y las gentes que se encontraba. Para atacarlo, Eneo convocó a los más valerosos de la Hélade y prometió la piel como premio a quien le diera muerte.

Los que acudieron a cazar el jabalí fueron éstos: Meleagro, hijo de Eneo, y Diante, hijo de Ares, ambos de Calidón; Idas y Linceo, hijos de Afarete, de Mesenia; Cástor y Pólux, hijos de Zeus y Leda, de Lacedemonia; Teseo, hijo de Egeo, de Atenas; Admeto, hijo de Feres, de Feras; Anceo y Cefeo, hijos de Licurgo, de Arcadia; Jasón, hijo de Esón, de Yolco; Ificles, hijo de Anfitrón, de Tebas; Píritoo, hijo de Ixión, de Larisa; Peleo, hijo de Éaco, de Ftia; Telamón, hijo de Éaco, de Salamina; Euritión, hijo de Áctor, de Ftia; Atalanta, hija de Esqueneo, de Arcadia; Anfiarao, hijo de Oicles, de Argos; con éstos llegaron también los hijos de Testio.

Cuando estuvieron reunidos, Eneo los agasajó durante nueve días, al décimo, Cefeo y Anceo y algunos otros desdijeron salir con una mujer en busca del animal, pero Meleagro, que, a pesar de estar casado con Cleopatra, hija de Idas y Marpesa, quería tener hijos de Atalanta, los obligó a ir con ella. Cuando tuvieron rodeado al jabalí, éste mató a Hileo y a Anceo, mientras que Peleo involuntariamente atravesó con un venablo a Euritió. Atalanta fue la primera en flechar al jabalí en el lomo, luego Anfiarao en un ojo; Meleagro alcanzándolo en el flanco lo remató, y entregó la piel a Atalanta. Los hijos de Testio no aceptaron que habiendo varones recibiera el premio una mujer, y se lo arrebataron con el pretexto de que les pertenecía por parentesco si Meleagro determinaba no cogerlo. Meleagro, encolerizado, mató a los hijos de Testio y devolvió la piel a Atalanta. Altea, entristecida por la pérdida de sus hermanos, encendió el tizón y Meleagro inmediatamente murió.

Otros dicen que Meleagro no murió de esta manera, sino que cuando los hijos de Testio se disputaban la piel porque Ificlo había sido el primero en herir al jabalí, estalló una guerra entre los Curetes y los calidónios; al salir Meleagro y dar muerte a algunos hijos de Testio, Altea lo maldijo y aquél, despechado, se quedó en casa; pero como los enemigos se acercaban ya a los muros y los ciudadanos imploraban su ayuda. Meleagro, convencido a duras penas

por su esposa, salió y, después de matar al resto de los hijos de Testio, pereció en el combate; tras la muerte de Meleagro Altea y Cleopatra se ahorcaron y las mujeres que lloraban el cadáver fueron convertidas en aves.

Diodoro de Sicilia IV, 34, 1-6
(trad. J. J. Torres Esbarranch)

“Al no tener (Heracles) hijos legítimos ni esposa legal, se casó con Deyanira, la hija de Eneo, cuando había muerto Meleagro. Creemos, pues, que no resultará inoportuno que hagamos una breve digresión para referirnos al infortunio de Meleagro.

En una ocasión en que había tenido una cosecha de trigo muy abundante, Eneo ofreció sacrificios a todos los otros dioses, pero descuidó a Ártemis. Por esta razón la diosa se encolerizó contra él e hizo aparecer el famoso jabalí de Calidón, un animal de un tamaño extraordinario. Devastaba las tierras de los alrededores y dañaba las propiedades. Por esto Meleagro, el hijo de Eneo, que estaba entonces en la flor de la edad y sobresalía por su fuerza y valor, tomó consigo a muchos de los hombres más bravos para ir a la caza del animal. Meleagro fue el primero en alcanzar a la fiera con su jabalina y por ello se le concedió unánimemente el primer premio, consistente en la piel del animal. Pero Atalanta, la hija de Esqueneo, participaba en la cacería, y Meleagro, que estaba enamorado de ella, renunció en su favor a la piel y al elogio merecido por su gran valor. Ante este gesto, sin embargo, los hijos de Testio, que habían tomado parte en la cacería, se indignaron, porque había honrado a una extranjera antes que a ellos, despreciando los lazos de parentesco. Por esto, sin ninguna consideración al obsequio de Meleagro, tendieron una emboscada a Atalanta y, cuando regresaba a Arcadia, la atacaron y le arrebataron la piel del animal. Excitado por amor hacia Atalanta y por la afrenta, Meleagro acudió en auxilio de Atalanta. Primero ordenó a los ladrones que devolvieran a la mujer el premio al valor concedido, pero en vista de que ellos no hacían caso, los mató, pese a que eran hermanos de Altea. Por esto, Altea, extraordinariamente afligida por la desaparición de quienes llevaban su misma sangre, profirió unas imprecaciones en las que pedía la muerte de Meleagro; y los inmortales, según se cuenta, le escucharon y pusieron fin a la vida de Meleagro.

Algunos mitos, sin embargo, cuentan que, cuando nació Meleagro, las Moiras se aparecieron en sueños a Altea y le anunciaron que su hijo Meleagro encontraría la muerte el día en que la tea se consumiera del todo. Por esto, una vez que hubo dado a luz, creyendo que la salvación de su hijo dependía del mantenimiento de la tea, se puso a vigilar esta tea con todo cuidado. Después, sin embargo, irritada por el asesinato de sus hermanos, dejó que la tea se consumiera completamente y causó la muerte de Meleagro. Pero, afligida cada vez más por lo sucedido, con un lazo puso fin a su vida”.

Ovidio, *Metamorfosis* VIII, 260-525
(trad. Ana Pérez en www.cervantesvirtual.com)

Meleagro y el jabalí de Calidón

Y ya fatigado la tierra del Etna había recibido	260
a Dédalo, y, al coger las armas a favor de un suplicante, Cócalo por compasivo era tenido; ya Atenas de pagar había cesado, por la gloria de Teseo, su lamentable tributo: los templos se coronan, a la guerreadora Minerva con Júpiter invocan, y los dioses otros, a los que con la sangre prometida	265
y sus presentes dándoles y sus acervos de incienso, honoran. Había esparcido la errante fama por las argólicas ciudades el nombre de Teseo, y los pueblos que la rica Acaya cogía, de él la ayuda habían implorado en sus grandes peligros, de él la ayuda Calidón -aunque a Meleagro tuviera-	270
con angustiado ruego, suplicante, había pedido. La causa de la petición un cerdo era, sirviente y defensor de la hostil Diana. Pues cuentan que Eneo, de un año de prosperidad pleno, las primicias de los frutos a Ceres, sus vinos a Lieo, los Paladios licores a la flava Minerva había ofrendado.	275
Empezando por los campestres, a todos los altísimos arribó su ambicionado honor. Solas sin incienso dejadas, preteridas, que cesaron cuentan de la Latoide las aras.	

Toca también la ira a los dioses: «Mas no impunemente lo llevaremos, y, la que no honorada, no también se nos dirá no vengada», dice, y, despreciada, por los campos Olenios mandó un vengador jabalí, cuanto mayores toros la herbosa Epiros no tiene, pero los tienen los sículos campos menores. De sangre y fuego rielan sus ojos, rígida está su erizada cerviz, también sus cerdas semejantes a rígidos astiles se erizan, [y se yerguen como una empalizada, como altos astiles, sus cerdas]. Hirviendo, junto con su bronco rugido, por sus anchas espaldillas la espuma le fluye, sus dientes se igualan a los dientes indos, un rayo de su boca viene, las frondas con sus aflatos arden. Él, ora los crecientes sembrados pisotea, aún en hierba, ahora los maduros votos siega de un colono que habrá de llorarlos, y a Ceres en espigas la intercepta, la era en vano, y en vano aguardan los hórreos las prometidas mieses. Postradas yacen grávidas junto con su largo sarmiento las crías y la baya con las ramas de la siempre frondosa oliva. Se encarniza también en los rebaños: no a ellas el pastor o el perro, no a las vacadas, bravos, las pueden defender los toros. Se dispersan los pueblos y no sino en las murallas de la ciudad estar creen a salvo, hasta que Meleagro y un solo selecto puñado de jóvenes se unieron en su deseo de alabanza: los Tindárides gemelos, digno de ver en las cestas el uno, el otro a caballo, y de la primera nave el constructor, Jasón, y con Pirítoo -feliz concordia- Teseo, y los dos Testiadas y, prole de Alfareo, Linceo, y el veloz Idas y ya no mujer Ceneo y Leucipo el feroz y por su jabalina insigne Acasto e Hipótoo y Driade y, descendido de Amíntor, Fénix y los Actóridas parejos, y enviado desde la Élide Fileo. Tampoco Telamón faltaba y el creador del magno Aquiles y con el Feretiada y el hianteo Iolao el diligente Euritió y en la carrera invicto Equión y el naricio Lélex y Panoepo e Hileo y el feroz Hípaso y en sus primeros años todavía Néstor y a los que Hipocoonte mandó desde la antigua Amiclas y de Penélope el suegro con el parrasio Anceo y Ampícida el sagaz y todavía de su esposa a salvo el Eclida, y, gracia del bosque liceo, la Tegeea. Un bruñido alfiler a ella le mordía lo alto del vestido, su pelo iba sencillo, recogido en un nudo solo; de su hombro colgando izquierdo resonaba la marfileña guardesa de sus flechas, el arco también su izquierda lo tenía. Tal era por su arreglo su belleza, que decirla verdaderamente virgínea en un jovencito, juvenil en una virgen, pudieras. A ella al par que la vio, al par el calidonio héroe la eligió, renuente el dios, y unas llamas escondidasapuró y: «Oh feliz él si a alguno dignara», dice, «esta mujer por esposo», y no más permite el tiempo y el pudor decir: la mayor obra del gran certamen urge. Un bosque concurrido de troncos, que ninguna edad había tumbado, empieza desde un plano e inclinados contempla unos campos; al cual después que llegaron esos varones, parte las redes tienden, sus ligaduras parte quitan a los perros, parte impresas siguen las señales de los pies y desean hallar su propio peligro. Un cóncavo valle había, en el que dejarse caer unos arroyos solían, de pluvial agua. Posee lo hondo de la laguna	280 285 290 295 300 305 310 315 320 325 330 335
---	--

el flexible sauce y ovas livianas y juncos palustres y mimbres y bajo la larga enea pequeñas cañas. De aquí el jabalí lanzándose violento en mitad de sus enemigos sale, como de las sacudidas nubes expelidos los fuegos.	
Se postra por su carrera el bosque y un estruendo propulsada la espesura hace: gritan los jóvenes y preparadas en su fuerte diestra tienen las armas vibrantes con su ancho hierro.	340
Él se lanza y esparce los perros según cada uno a él, enloquecido, se le opone, y con su oblicuo golpe, ladrando, los disipa.	
La cúspide blandida en primer lugar por el brazo de Equión vana fue y en un tronco hizo una leve herida de arce.	345
La próxima, si de las demasiadas fuerzas de su lanzador uso no hubiera ella hecho, en la espalda buscada pareció que iba a clavarse. Más lejos va. El autor del arma el pagaseo Jasón.	
«Febo», dice el Ampícida, «si a ti te honré y te honró dame, el que es buscado, con certera arma alcanzar.»	350
En lo que pudo a estas súplicas el dios asintió; golpeado por él fue, pero sin herida, el jabalí. Su hierro Diana de la jabalina en vuelo había arrebatado. Leño sin punta llegó.	
La ira del fiero se excitó y no que el rayo más lene ardió.	355
Riela de sus ojos, espira también por su pecho llama y como vuela la mole disparada por el tensado nervio cuando busca o las murallas o llenas de soldado las torres, contra los jóvenes con su certera así embestida el hiriente cerdo váse y a Hípalmo y Pelagón que los diestros flancos	360
guadaban postra: sus compañeros arrebataron a los caídos. Mas no de sus mortíferos golpes escapó Enésimo, de Hipocoonte simiente. Temblando y sus espaldas aprestando a volver, segada su corva, le abandonaron sus nervios.	
Quizás también el Pilio anteriormente a los troyanos tiempos hubiera desaparecido, pero tomando impulso de su lanza puesta en el suelo saltó, de un árbol que se erguía próximo, a sus ramas, y abajo miró, seguro en ese lugar, del que había huido, al enemigo.	365
Con sus dientes aquel feroz, en un tronco de encina estregados, se cierne para la destrucción y confiando en sus recientes armas del Euritida magno el muslo apuró con su pico corvo.	370
Mas los gemelos hermanos, todavía no celestes estrellas, ambos conspicuos, en caballos que la nieve más cándidos ambos eran portados, ambos, blandiéndolas por las auras de sus astas batían las guijas con trémulo movimiento.	375
Heridas hubieran hecho, de no ser porque el cerdoso animal entre unas opacas espesuras se hubiese ido, ni para las jabalinas ni para el caballo lugares transitables. Lo persigue Telamón e incauto en su afán por ir, de bruces por una raíz de un árbol cayó retenido.	
Mientras lo levanta a éste Peleo una rápida saeta la Tegeea impuso a su nervio y la expelió de su curvado arco.	380
Fijada bajo la oreja del fiero desgarró la caña lo alto de su cuerpo y de sangre enrojeció exigua sus cerdas, y no, aun así, ella más contenta del éxito de su golpe que Meleagro estaba: el primero se cree que lo vio, y el primero que a sus compañeros visto mostró el crúor y que: «Merecido», dijo, «llevarás de tu virtud el honor.»	385
Enrojecieron los varones y a sí mismos se exhortan y añaden con clamor ánimos y lanzan sin orden sus armas: su multitud perjudica a los lanzamientos y los impactos que busca impide.	390
He aquí que enfurecido, contra sus hados el Arcadio, el de hacha bifronte: «Aprended, frente a las femeninas, cuánto las armas viriles aventajan,	

oh jóvenes, y a la obra mía ceded», dijo.
«Aunque la propia Latonia a él con sus armas lo proteja,
contra la voluntad, aun así, de Diana lo destruirá mi diestra.» 395
Tales cosas con grandilocuente boca, henchido, había recordado
y su bicéfala segur levantando con ambas manos
se había erguido en sus dedos, suspendido sobre el principio de sus articulaciones:
se apodera del que tal osaba y por donde es la ruta vecina a la muerte,
a lo alto de las ingles el fiero le enderezó sus gemelos dientes. 400
Cae Anceo y hacinadas con mucha sangre
sus vísceras resbalándose fluyen. Humedecida la tierra de crúor queda.
Iba contra el adverso enemigo la prole de Ixión,
Pirítoo, con su vigorosa diestra batiendo unos venablos;
al cual: «Lejos», el Egida, «oh que yo para mí más querido», dice, 405
«parte del alma mía, detente. Pueden fuera de alcance estar
los fuertes. A Anceo le dañó su temeraria virtud»,
dijo, y de bronceína cúspide blandió un pesado cornejo;
el cual, bien balanceado y que de su voto apoderado se habría,
se lo impidió, de su árbol de encina frondosa, una rama. 410
Envió también el Esónida una jabalina que el acaso, desde él,
volvió hacia el hado de un perro ladrador que lo desmerecía, y a través
de sus ijares disparada, en la tierra, a través de los ijares, clavada quedó.
Mas la mano del Enida varía y enviándole dos,
el asta primera en la tierra, en mitad de la espalda se irguió la otra, 415
y sin demora, mientras se encarniza, mientras su cuerpo hace girar en círculo
y rugiente espuma con nueva sangre derrama,
de la herida el autor acude y a su enemigo irrita a la ira
y unos espléndidos venablos esconde en sus adversas espaldillas.
Sus gozos atestiguan los socios con el clamor favorable 420
y la vencedora diestra buscan a su diestra juntar,
y el inabarcable fiero, en mucha tierra tendido,
admirados contemplan y todavía tocarlo seguro
no creen que sea, pero las armas tuyas aun así cada cual ensangrienta.
Él, con su pie impuesto, la cabeza mortífera pisa 425
y así: «Toma el botín, Nonacria, de mi jurisdicción»,
dijo, «y que en parte vaya mi gloria contigo.»
En seguida los despojos, las erizadas espaldas de rigurosas
cerdas, le da e insigne por sus grandes dientes su rostro.
Para ella alegría es, con el regalo, del regalo su autor. 430
Lo envidiaron los otros y en todo el grupo había un murmullo.
De los cuales, tendiendo sus brazos con su ingente voz:
«Déjalo, va, y no interceptes, mujer, los títulos nuestros»,
los Testiadas claman, «y no a ti la confianza de tu hermosura
te engañe, no esté lejos de ti, cautivado de amor, 435
su autor», y a ella arrebatan el regalo, la jurisdicción del regalo a él.
No lo soportó, y rechinando de henchida ira el Mavortio:
«Aprended, robadores del ajeno honor», dijo,
los hechos de las amenazas cuanto distan», y apuró con nefando
hierro el pecho de Plexipo, que nada tal temía. 440
A Tóxeo, sobre qué hacer en duda, y al par queriendo
vengar a su hermano y los fraternos hados temiendo,
no sufre que dude mucho tiempo, y cálido del anterior
asesinato recalienta de consorte sangre su arma.



Sus dones al dios en los templos por su hijo vencedor llevaba,	445
cuando ve Altea que extinguidos sus hermanos de vuelta traen. La cual, golpe de duelo dándose, de afligidos gritos la ciudad llena y con las vestiduras de oro mutó unas negras. Mas una vez que hubo el autor de la muerte a la luz salido, desaparece todo el luto, y de las lágrimas éste se vuelve al amor del castigo.	450
Un tronco había, el cual, cuando -su parto ya dado a luz- estaba acostada la Testiade, en llamas pusieron las triples hermanas, y sus hebras fatales, apretándolas con el pulgar, hilando: «Los tiempos», dijeron, «mismos al leño y a ti, oh, ora nacido, damos.» La cual canción dicha después que se retiraron las diosas, la flagrante rama la madre del fuego retiró y la asperjó con fluidas aguas. Ella largo tiempo había estado en los penetrales escondida más profundos y, preservada, joven, había preservado tus años. La sacó a ella la genetriz, y teas y virutas que se dispongan impera, y dispuestas enemigos fuegos les acerca.	455
Entonces, intentando cuatro veces a las llamas imponer la rama, su empresa cuatro veces contuvo. Lucha la madre y la hermana, y diversos tiran dos nombres de un solo pecho. Muchas veces del miedo de su crimen futuro palidecía su rostro, muchas veces, hirviente, a sus ojos daba la ira su propio rubor, y ora semejante al que amenaza no sé qué cosa cruel su rostro era, ora al que compadecerse creer podrías; y cuando las lágrimas de su ánimo había secado su fiero ardor, se encontraban lágrimas aun así, y como la quilla,	460
a la que el viento y, al viento contrario, arrastra el bullir del mar, una fuerza gemela siente y obedece sin tino a las dos cosas, la Testiade no de otra forma por dudosos afectos va errante y por turnos depone y depuesta resucita su ira. Empieza a ser aun así mejor germana que madre y como sus consanguíneas sombras con sangre aplaque, por su impiedad pía es; pues después que el calamitoso fuego convaleció: «La pira esta creme mis entrañas», dijo, y como en su mano ominosa el leño fatal tenía, ante esas sepulcrales aras infeliz se apostó	465
y: «Diosas triples de los castigos», dice, «a estos sacrificios de furia, Euménides, los rostros volved vuestros. Tomo venganza y hago una abominación. La muerte con la muerte de expiar se ha, a un crimen de añadirse un crimen ha, a los funerales un funeral. Coacervados, perezca esta casa impía mediante lutos. ¿Acaso feliz Eneo de su nacido vencedor disfrutará, y Testio huérfano estará? Mejor plañiréis ambos. Vosotros ora, fraternos manes y ánimas recientes, el servicio sentid mío y a lo grande preparados, aceptad estos sacrificios de ultratumba, las malas prendas del útero nuestro.	470
¡Ay de mí! ¿A dónde me arrebató? Hermanos, perdonad a una madre. Desertan de la empresa mis manos. Que ha merecido él, confesamos, por qué muera. De su muerte a mí no place la autora. ¿Así que impunemente lo llevará y vivo y vencedor y por su mismo éxito henchido el reino de Calidón tendrá, vosotros, ceniza exigua y heladas sombras yaceréis? No yo ciertamente lo sufriré. Perezca el criminal y él la esperanza de un padre y el reino arrastre y de la patria la ruina. ¿La mente dónde materna está? ¿Dónde están las pías leyes de los padres y los que sostuve una decena de meses, afanes?	475
	480
	485
	490
	495
	500

Oh, ojalá en los primeros fuegos hubieras ardido aún bebé y tal yo sufrido hubiera. Viviste por regalo nuestro, ahora por el mérito morirás tuyo. Coge los premios de lo hecho, y dos veces dado, primero por el parto y luego por el tronco arrebatado, devuelve tu aliento, o a mí me añade a los fraternos sepulcros.	505
Y lo deseo y no puedo. ¿Qué haga yo? Ora las heridas de mis hermanos ante los ojos tengo y de tan gran sangría la imagen, ahora mi ánimo la piedad y los maternos nombres quiebran. Pobre de mí. Mal venceréis, pero venced, hermanos, en tanto que, la que os los habré de dar, a esos consuelos y a vosotros yo misma siga.» Dijo y con una diestra, vuelta ella de espaldas, temblorosa, el fúnebre tizón arrojó en medio de los fuegos.	510
O dio o pareció que un gemido aquel tronco había dado, y arrebatado por esos involuntarios fuegos ardió. Inconsciente y ausente, Meleagro por la llama aquella se quema y por ciegos fuegos tostarse sus entrañas siente y grandes dolores supera por su virtud.	515
Aun así, que por una cobarde muerte él caiga y sin sangre le aflige, y las de Anceo felices heridas dice y a su padre de edad avanzada y hermanos y pías hermanas con un gemido, y a la compañera de su lecho llama con boca postrera; quizás también a su madre. Crecen el fuego y el dolor, y languidecen otra vez. Al mismo tiempo se extinguió uno y otro y hacia las leves auras marchó poco a poco su espíritu, poco a poco la brasa cubriendo, cana, la ceniza.	520 525

Cf. Pterelao

Apolodoro, *Biblioteca* II, 4, 5 (trad. M. Rodríguez de Sepúlveda)

Posidón raptó a ésta (Hipótoe, nieta de Pélope) y, llevándola a las islas Equinades, se unió a ella y engendró a Tafio, quien colonizó Tafos... de Tafio nació un hijo, Pterelao, a quien hizo inmortal Posidón insertándole un cabello de oro en la cabeza.

Apolodoro, *Biblioteca* II, 4, 7 (trad. M. Rodríguez de Sepúlveda)

Anfitrión... asoló las islas de los zafios. Mientras vivió Pterelao no pudo conquistar Tafos; pero Cometo, hija de Pterelao, que se había enamorado de Anfitrión, arrancó el cabello dorado de la cabeza de su padre, y así, al morir Pterelao, Anfitrión se apoderó de todas las islas; luego dio muerte a Cometo, regresó con el botín ...

Niso

Esquilo, *Las Coéforas* 615 ss. (trad. B. Perea Morales)

“Se dejó persuadir -¡impúdica perra!- por los cretenses collares de oro, regalos de Minos y privó a Niso del cabello que lo hacía inmortal, mientras él respiraba plácidamente en el sueño, y Hermes se apoderó de él”

Apolodoro, *Biblioteca* III 15, 8 (trad. M. Rodríguez de Sepúlveda)

“Poco después Minos, dueño del mar, atacó Atenas con su escuadra y se apoderó de Mégara, donde reinaba Niso, hijo de Pandión, y mató a Megareo, hijo de Hipómenes, que había venido a Onquesto en ayuda de Niso. Este Niso murió por la traición de su hija: tenía en medio de la cabeza un cabello purpúreo y según un oráculo si se le arrancaba moriría; su hija Escila, enamorada de Minos, se lo arrancó. Minos, después de dominar Mégara, ató a la muchacha por los pies a la popa de una nave y la sumergió.

II. Observaciones de los mitógrafos

Diodoro de Sicilia IV, 8 (trad. J. J. Torres Esbarranch)

No ignoro que quienes nos refieren los mitos antiguos se enfrentan a muchas dificultades, y sobre todo en lo referente a los mitos de Heracles. Por la importancia de las empresas que llevó a cabo, se reconoce de manera unánime que supera a todos los héroes de los que se tiene memoria desde el principio de los tiempos. Resulta, pues, difícil dar a conocer cada uno de sus hechos de acuerdo con su mérito y presentar un relato que esté a la altura de trabajos tan extraordinarios que, por su magnitud, le van valido el premio de la inmortalidad. Por otra parte, dado que, a causa de la gran antigüedad y del carácter maravilloso de los hechos narrados, muchos desconfían de estos mitos, se hace necesario o pasar por alto la mayor parte de los hechos y destruir de alguna manera la fama de este dios, o exponerlo todo y hacer increíble la historia. Algunos lectores, en efecto, aplican un criterio que no es justo y en los mitos de los tiempos antiguos buscan la misma exactitud que en los sucesos de nuestra época. Tomando como referencia su propia vida, conjeturan sobre unos hechos cuya magnitud incita a la duda, y juzgan la fuerza de Heracles a la luz de la debilidad de los hombres de hoy, de modo que la extraordinaria magnitud de sus trabajos hace increíble el relato. Por lo general, pues, en lo que concierne a las historias de mitos, no es preciso investigar la verdad de una manera escrupulosa y absoluta. También en los teatros, aunque estamos convencidos de que no han existido ni los centauros de doble naturaleza, nacidos de padres de diferente cuerpo, ni Geriones de cuerpo triple, aceptamos, sin embargo, estos mitos y, con nuestro aplauso, aumentamos el honor del dios. Resulta absurdo, en efecto, que Heracles, cuando todavía estaba entre los hombres, haya civilizado la tierra habitada con sus trabajos, y que los hombres en cambio hayan olvidado este beneficio a la comunidad y pongan en entredicho el enaltecimiento derivado de sus maravillosos trabajos; y es asimismo absurdo que nuestros antepasados, por reconocer el carácter extraordinario de su valor, le hayan acordado la inmortalidad, y que nosotros ni siquiera preservemos para este dios la piedad transmitida de padres a hijos. Pero dejemos estas consideraciones para pasar a exponer sus hazañas desde el principio en compañía de los poetas y mitógrafos más antiguos”.

Diodoro de Sicilia IV, 9, 2-3 (trad. J. J. Torres Esbarranch)

“Las virtudes que le adornan (a Heracles) se han considerado no sólo a partir de sus hazañas, sino que ya antes de su nacimiento le han sido reconocidas. Porque, cuando Zeus se unió a Alcmena, triplicó la duración de la noche y, por la magnitud del tiempo que se empleó en la procreación, presagió la fuerza extraordinaria del que iba a nacer. Y no tuvo en absoluto esta relación para satisfacer un deseo erótico, como ocurrió en el caso de otras mujeres, sino más bien por el placer de la procreación. Por ello, puesto que quería legitimar aquella unión, no optó por el uso de la violencia, ni tampoco confió en persuadir a la mujer, a causa de su decencia; así que se decidió por el engaño para seducir a Alcmena y tomó completamente la apariencia de Anfitrón”.

Pausanias VIII, 8, 2-3 (trad. M^a C. Herrero Ingelmo)

“Cuenta una leyenda arcadia que, cuando Rea dio a luz a Posidón, lo dejó en un rebaño, para que viviera allí con los corderos, y por esto recibió la fuente su nombre, porque los corderos pacían alrededor de ella. Ella dijo a Crono que había dado a luz un caballo, y le dio un potro para que se lo comiera en lugar del niño, como también después le dio una piedra envuelta en pañales en lugar de Zeus.

Cuando comencé a escribir mi obra, estas leyendas de los griegos las consideré más bien tonterías, pero al pasar a las de los arcadios he llegado al siguiente juicio sobre ellas: que antiguamente los griegos considerados sabios contaban historias por medio de enigmas y no directamente, y que, por tanto, lo que se dice de Crono sospecho que encierra una cierta sabiduría de los griegos. Así que en materia de religión voy a seguir este principio”.

III. Los mitos escatológicos griegos: “De la pradera del más allá indoeuropea al Caronte neogriego

III. 1. La tradición épica.

1. Epítetos³: Hades κλυτόπωλος, χρυσήμιος,
Perséfone λεύκιππος, λειμώνιαι (Dativo sg.).

2. El campo de asfódelos⁴ (ἀσφοδελὸς λειμών):

Homero, *Odisea* 10, 504 ss.
(Traducción de Luis Segalá y Estalella)

—¡Laertiada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! No te dé cuidado el deseo de tener quien te guíe el negro bajel: iza el mástil, descoge las blancas velas y quédate sentado, que el soplo del Bóreas conducirá la nave. Y cuando hayas atravesado el Océano y llegues adonde hay una playa estrecha y bosques consagrados a Perséfone y elevados álamos y estériles sauces, detén la nave en el Océano, de profundos remolinos, y encamínate a la tenebrosa morada de Hades. Allí el [Piriflegetón](#) y el [Cocito](#), que es un arroyo del agua de la Estix, llevan sus aguas al [Aqueronte](#); y hay una roca en el lugar donde confluyen aquellos sonoros ríos.

Homero, *Odisea* 11, 538 ss.
(Traducción de Luis Segalá y Estalella)

Así dije; y el alma del Eácida, el de pies ligeros, se fue a buen paso por la pradera de asfódelos, gozosa de que le hubiesen participado que su hijo era insigne.

Homero, *Odisea* 11, 573.
(Traducción de Luis Segalá y Estalella)

Vi después al gigantesco Orión, el cual perseguía por la pradera de asfódelos las fieras que antes había herido de muerte en las solitarias montañas, manejando irrompible clava toda de bronce.

Homero, *Odisea* 24, 1ss.
(Traducción de Luis Segalá y Estalella)

El cilenio Hermes llamaba las almas de los pretendientes, teniendo en su mano la hermosa áurea vara con la cual adormece los ojos de cuantos quiere o despierta a los que duermen. Empleábala entonces para mover y guiar las almas y éstas le seguían, profiriendo estridentes gritos. Como los murciélagos revolotean chillando en lo más hondo de una vasta gruta si alguno de ellos se separa del racimo colgado de la peña, pues se traban los unos con los otros: de la misma suerte las almas andaban chillando, y el benéfico Hermes, que las precedía, llevábalas por lóbregos senderos.

Transpusieron en primer lugar las corrientes del Océano y la roca de [Léucade](#), después las puertas de Helios y el país de Hipno, y pronto llegaron a la pradera de asfódelos donde residen las almas que son imágenes de los difuntos.

Encontráronse allí con las almas del Pelida Aquileo, de Patroclo, del intachable Antíloco y de Ayante, que fue el más excelente de todos los dánaos, en cuerpo y hermosura, después del irrepreensible Pelión. Estos andaban en torno de Aquileo; y se les acercó, muy angustiada, el alma de Agamemnon Atrida, a cuyo alrededor se reunían las de cuantos en la mansión de Egisto perecieron con el héroe, cumpliendo su destino.

³ Vid. M. García Teijeiro, “Posibles elementos indoeuropeos en el Hades griego”, en J.L. Melena, ed., *Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario oblatae*, Vitoria, 1985, 135-42; “Escatología griega e Islas de los Bienaventurados”, en *Serta gratulatoria in honorem J. Régulo*, La Laguna 1985, 271-280; “Aspectos optimistas en la escatología de los pueblos indoeuropeos”, en D. Sola Antequera, coord., *Imágenes de la muerte. Estudios sobre arte, arqueología y religión*, Universidad de la Laguna 2005, 59-74.

⁴ Vid. M^a del Henar Velasco López, *El paisaje del más allá. El tema del prado verde en la escatología indoeuropea*, Universidad de Valladolid, 2000 p. 101 ss.

3. Campos Elíseos⁵ (ἠλύσιον πεδίον):

Homero, *Odisea* 4, 561 ss.
(Traducción de Luis Segalá y Estalella)

(Habla Proteo) Por lo que a ti se refiere, oh Menelao, alumno de Zeus, el hado no ordena que acabes la vida y cumplas tu destino en Argos, país fértil de corceles, sino que los inmortales te enviarán a los campos Elíseos, al extremo de la tierra, donde se halla el rubio Radamantis -allí los hombres viven dichosamente, allí jamás hay nieve, ni invierno largo, ni lluvia, sino que el Océano manda siempre las brisas del Céfiro, de sonoro sople, para dar a los hombres más frescura-, porque siendo Helena tu mujer, eres para los dioses el yerno de Zeus.

Hesíodo, *Trabajos y Días* 166 ss.
(Trad. A. Pérez Jiménez)

“[Allí, por tanto, la muerte se apoderó de unos.] A los otros, el padre Zeus Crónida determinó concederles vida y residencia lejos de los hombres, hacia los confines de la tierra. Éstos viven con un corazón exento de dolores en las Islas de los Afortunados, junto al Océano de profundas corrientes, héroes felices a los que el campo fértil les produce frutos que germinan tres veces al año, dulces como la miel”.

III. 2. Las referencias literario-religiosas⁶:

Himno Homérico I a Deméter. el carro de Hades (83 ss. 375 ss. 431 s.), la granada (372 ss., 412 ss.).

III. 3. Textos religiosos epigráficos. Las láminas de oro⁷:

Lámina de Hiponio

“Bajo la protección de Mnemósine está esta tumba, cuando esté a punto de morir... (para el que vaya) a las bien ajustadas mansiones de Hades, hay a la derecha una fuente y junto a ella se yergue un blanco ciprés. Allí, cuando bajan, se refrescan las almas de los muertos. A esta fuente, ni siquiera un poco te acerques. Más adelante encontrarás de Mnemósine el agua fresca que de su laguna fluye; unos guardianes hay encima, éstos te preguntarán con sus penetrantes ánimos qué andas escudriñando las tinieblas del caliginoso Hades. Di: “hijo de la Tierra soy y del Cielo estrellado, estoy seco de sed y me muero, pero dadme pronto de beber el agua fresca de la laguna de la propia Mnemósine”. Y en verdad se lo dirán al rey subterráneo. Y en verdad te darán de beber de la laguna de Mnemósine. Y en efecto, tú tras beber, irás por un camino sagrado, precisamente por el que otros iniciados y bacos, vía sagrada, avanzan gloriosos”.

Lámina de Turios 2

⁵ Vid. M. García Teijeiro, “Escatología griega e islas de los bienaventurados”, en Serta gratulatoria in honorem J. Régulo, La Laguna, 1985, 271-280; M^a del Henar Velasco López, *El paisaje del más allá* p. 113 ss.

⁶ Vid. M^a del Henar Velasco López, “Registro ritual en el *Himno a Deméter*”, en A. López Eire – A. Ramos Guerreira, eds., *Registros lingüísticos en las lenguas clásicas*, Universidad de Salamanca, 2004, 379-400.

⁷ Vid. M^a del Henar Velasco López, *Las lamellae órficas. Edición y comentario*. Memoria de Licenciatura (inédita), Universidad de Valladolid, 1991; *El paisaje del más allá* p. 136 ss.; cf. A. Bernabé – A. I. Jiménez San Cristóbal, *Instrucciones para el más allá. Las laminillas órficas de oro*, Madrid 2001; A. Bernabé, ed. *Hieròs lógos. Poesía órfica sobre los dioses, el alma y el más allá*, Madrid 2003, p. 253 ss.

“Vengo de entre los puros pura, reina de los seres subterráneos, Eucles, Eubuleo y dioses y demás espíritus. Pues también yo me glorío de ser de vuestro dichoso linaje, y he pagado la culpa por obras no justas. Ya me domeñara la moira ya por el que arroja los rayos. Pero ahora suplicante llego ante la venerable Perséfone, para que benévola me envíe a las moradas de los bienaventurados (ἔδρας ἐς εὐαγέων)”.

Lámina de Turios 3

“Vengo de entre los puros pura, reina de los seres subterráneos, Eucles y Eubuleo y dioses, cuantos son los demás espíritus. Pues yo también me vanaglorio de ser de vuestro dichoso linaje, he expiado la culpa por obras impías. Ya me domeñara la moira, ya por el que arroja los rayos de los truenos. Pero ahora suplicante llego ante la veneranda Perséfone, para que benévola me envíe a las moradas de los bienaventurados (ἔδρας ἐς εὐαγέων)”.

Lámina de Turios 4

“Pero cuando el alma abandona la luz del sol, derecho... debes de ir tras haber guardado muy bien todo. Bienvenido, has sufrido una experiencia, cual antes en modo alguno habías experimentado. Te has convertido de hombre en dios, cabrito en la leche has caído. Bienvenido, mientras recorres (el camino) derecho, las praderas sagradas y los bosques de Perséfone (λειμώνας τε ἱεροῦς καὶ ἄλσέα Φερσεφονείας)”.

III. 4. La pervivencia folklórica: Jaros y su jardín en la literatura neohelénica⁸.

IV. Mito, ritual y cuento: “De Braurón a Caperucita Roja”.

IV. 1. Versiones del mito de Calisto.

Apolodoro, *Biblioteca* III 8, 2
(trad. M. Rodríguez de Sepúlveda)

“Eumelo y otros dicen que Licaón tuvo también una hija, Calisto; Hesíodo en cambio la cree una de las ninfas, Asio la da por hija de Nictéo, y Ferecides, de Ceteo. Ésta era compañera de Ártemis en la caza, vestía como ella y le había jurado mantenerse virgen. Pero Zeus, enamorado de ella, y adoptando la apariencia de Ártemis según unos, de Apolo según otros, la violó. Quiriendo ocultarla a Hera, la transformó en osa, pero Hera convenció a Ártemis para que le disparase sus flechas como a un animal salvaje. Algunos dicen que Ártemis la flechó por no haber conservado su virginidad. Al morir Calisto, Zeus tomó al niño, al que llamó Árcade, y le encargó a Maya que lo criara en Arcadia; a Calisto la catasterizó con el nombre de Osa”.

Higino, *Fábulas* 177 (trad. S. Rubio Fernaz)

“Se dice que Calisto, hija de Licaón, fue convertida en osa a causa de la ira de Juno por haberse unido a Júpiter en el lecho. Más tarde Júpiter la incluyó en el número de las estrellas, siendo llamada Septentrión. Este signo no se desplaza de su lugar y no declina, pues Tetis, esposa de Océano y nodriza de Juno, le impide ponerse en el océano.

Ésta es, pues, Septentrión la mayor, de la cual se dice en versos créticos⁹:
Y tú, nacido de la transfigurada ninfa, hija de Licaón,

⁸ Vid. con referencias bibliográficas M^a del Henar Velasco López, *El paisaje del más allá* p. 159ss.; a propósito de la identificación del hombre con el árbol, vid. M^a del Henar Velasco López, “Lamentos en Grecia e Irlanda”, en *Actas del X Congreso Español de Estudios Clásicos (21-25 de septiembre de 1999)*, Madrid, 2001, vol. III, 797-809.

⁹ En realidad son hexámetros. Naturalmente los versos van dirigidos a Árcade.

*Que fue raptada de las heladas cumbres de Nonacria
Y a quien Tetis siempre impide bañarse en el océano
Por haber consentido una vez ser concubina en contra de su pupila.*

Así pues, esta osa es llamada Hélice por los griegos. Tiene siete estrellas no brillantes en la cabeza, dos en cada oreja, una en la espaldilla, una brillante en el pecho, una en el pie anterior, una brillante al final del lomo, dos en la pierna posterior, dos en el último pie, tres en la cosa; todas hacen un número de veinte”.

Eratóstenes, *Catasterismos* I (trad. A. Guzmán Guerra)

“Osa Mayor. Cuenta Hesíodo¹⁰ que era hija de Licaón y que vivía en la región de Arcadia, y que se dedicaba a cazar las fieras del monte como compañera de Artemis. Fue seducida por Zeus, aunque consiguió que Artemis no lo advirtiera; más tarde, cuando estaba a punto de dar a luz, un día que se bañaba, la diosa se percató de su estado. La diosa se enojó con ella por ese motivo y la metamorfoseó en una fiera; y ella, bajo su nuevo aspecto de osa, dio luz a Arcadio. Unos cabreros la cazaron en el monte y la regalaron junto con su retoño a Licaón. Pasado el tiempo se atrevió a entrar al recinto sagrado de Zeus, contraviniendo la ley; fue perseguida por su propio hijo y por los habitantes de Arcadia, y a punto estuvo de morir ejecutada en aplicación de la mencionada ley. Pero Zeus la libró de morir en gracia a su antigua relación y la elevó al firmamento. Denominó a esta constelación Osa Mayor, a causa de su primer incidente.

La constelación tiene siete estrella de escaso brillo en su cabeza, dos sobre cada uno de sus hombros; una más brillante sobre los omóplatos, una sobre el pecho (una sobre la garra delantera), una brillante sobre el lomo, dos sobre las garras traseras, dos en el extremo de la pata y tres sobre la cola. Todas suman veintitrés”.

Pausanias VIII 3, 6-7 (trad. M^a C. Herrero Ingelmo)

“Además de toda su prole varonil, Licaón¹¹ tuvo una hija, Calisto, y con esta Calisto –cuento lo que cuentan los griegos– se unió Zeus, que estaba enamorado de ella. Pero cuando Hera los descubrió, convirtió a Calisto en osa, y Artemis la asaeteó para complacer a Hera. Zeus envió a Hermes con el encargo de que salvara al niño que Calisto tenía en su vientre. A la propia Calisto la convirtió en una constelación llamada Osa Mayor, de la que Homero hace mención en el viaje de Odiseo de vuelta del lado de Calipso:

*Mirando a las Pléyades y a Bootes que se oculta tarde
y a la Osa, a la que dan el sobrenombre de carro.*

Pero las estrellas tal vez tengan simplemente su nombre en honor de Calisto, puesto que los arcadios muestran su tumba”.

¹⁰ Vid. *Fgt.* 163 donde se incluye el siguiente pasaje procedente de

Eratóstenes, *Fragmentos Vaticanos* p. 2 (trad. A. Martínez Díez)

“Sobre Booto, el también llamado Guardián de la Osa. Sobre éste se dice que es Arcade el nacido de Calisto y de Zeus. Vivió en los alrededores de Liceo. Tras haber seducido Zeus a Calisto, Licaón, fingiendo no haberse dado cuenta, invitó a Zeus a comer y le sirvió el hijo hecho trozos. Por ello volcó Zeus la mesa (por lo que la ciudad se llama Trapezunte) y fulminó con un rayo la casa abominando de Licaón por su crueldad. Convirtió a Licaón en fiera salvaje y le hizo lobo. A Arcade, tras volverle a modelar, le hizo bien proporcionado. Y se crió junto a un cabrero. Siendo ya muchacho bajó hasta Liceo y, sin saberlo, se casó (?) con su madre. Los que habitaban el lugar, iban a ofrecerles sacrificio a ambos conforme a la ley. Pero Zeus, por el parentesco, los raptó y les hizo subir a las estrellas”.

¹¹ Conviene tener presente todo el pasaje: Pausanias VIII, 1, 4-4, 2, *vid.* pp. 19-20 de este volante. Cf. I, 25, 1: “Cerca (está describiendo las estatuas de la Acrópolis) hay estatuas de mujeres, obra de Dinómenes: Io, la hija de Ínaco, y Calisto la de Licaón, que tienen historia semejante en todo, el amor de Zeus, la cólera de Hera y la transformación de la primera en una vaca y de Calisto en osa” (trad. M^a C. Herrero Ingelmo).

Ovidio, *Metamorfosis* II, 409-507
(Trad. E. Leonetti Jungl)

“Mientras iba y venía una y otra vez¹² se quedó prendado de una joven de Nonacris, y el fuego de la pasión le consumía los huesos. No se entretenía ella en hilar lana o en cambiar el peinado de su cabello; cuando se había prendido el vestido con una fibula y se había cogido la revuelta cabellera con una cinta blanca, tomando en su mano a veces un ligero venablo y a veces un arco, era una amazona de Febe, y en todo el Ménalo no había otra más querida para Diana Trivia. Pero ninguna supremacía dura mucho.

El sol, alto en el cielo, ya había recorrido más de la mitad de su camino cuando ella entró en un bosque que nunca había sido talado. Allí se quitó el carcaj del hombro y destensó el arco, y se echó en el suelo cubierto de hierba, reposando su cabeza sobre el pintado carcaj. Cuando Júpiter la vio, cansada e indefensa, se dijo: “Desde luego, mi esposa no se enterará de este engaño; y de todas formas, aunque lo viniese a saber, ¡son tantas las peleas!”. Acto seguido, se reviste con la figura y los atavíos de Diana, y le dice: “Oh virgen, la mejor entre mis compañeras, ¿en qué montes has estado cazando?” La muchacha, mientras tanto, se había levantado del suelo, y exclama: “¡Salve, oh diosa, a mi parecer (y aunque él me oiga) más grande que Júpiter!”. Él se ríe al escucharla y le divierte saberse preferido a sí mismo, y la besa sin demasiada moderación, de forma algo impropia para una virgen. Cuando ella se disponía a relatarle en qué selva había estado de caza él se lo impidió con un abrazo, y, no sin culpa, se reveló a ella. Ella, desde luego, se resiste hasta donde puede hacerlo una mujer (¡si pudieras verla, saturnia Juno, serías más condescendiente!), y lucha; pero ¿qué muchacha, qué mortal podría superar al gran Júpiter? Éste regresa al cielo victorioso; ella, por su parte, aborrece el bosque y aborrece los árboles que saben lo ocurrido, tanto que al marcharse casi olvida recoger su carcaj con las flechas y el arco que había dejado colgando.

Cuando he aquí que Dictina, acompañada por su séquito, avanza por el alto Ménalo orgullosa de las piezas que ha cazado, y ve a Calisto y la llama. En el primer momento ella rehuyó la llamada, temerosa de que fuera Júpiter el que se esconde bajo esa apariencia; pero cuando vio que avanzaba acompañada de las ninfas se dio cuenta de que no había ningún engaño, y se unió al cortejo. Pero, ¡ay!, ¡qué difícil es que el rostro no traicione nuestras culpas! Casi no despega los ojos del suelo, y ya no camina, como solía, al lado de la diosa, a la cabeza de la comitiva, sino que permanece en silencio, y con su rubor da prueba de que su pudor ha sido ofendido. Y si no fuera porque es una virgen, la misma Diana habría podido notar mil señales de su culpabilidad; en efecto, dicen que las ninfas lo notaron.

Los cuernos de la Luna habían renacido completamente su disco por novena vez cuando la diosa, fatigada por las llamas de su hermano, fue a dar durante una cacería con un fresco lugar en el bosque, por el que bajaba un torrente que fluía murmurando y arrastrando guijarros de pulida superficie. Elogió el lugar, rozó con su pie la superficie del agua, que también le agradó, y dijo: “No hay nadie que pueda vernos: ¡vamos a desnudarnos y a bañarnos, salpicándonos con el agua!” La joven de Parrasia se ruborizó; todas se despojan de sus velos; sólo ella vacila. Al ver que titubea le quitan sus ropas, y al desnudarla a la vez descubren su cuerpo y su culpa. Mientras ella, turbada, intenta cubrir su vientre con las manos, Cintia exclama: “¡Aléjate de aquí, no contamines la pureza de las aguas!”, y le ordena que abandone su séquito.

Hacia tiempo que la esposa del gran Tonante se había dado cuenta de esto, pero había aplazado el momento de darle un serio castigo a la espera de una ocasión más oportuna. Llegado aquel momento, ya no había motivos para demorarlo; la concubina ya había dado a luz a un niño, Arcas, lo que fue un duro golpe para Juno. Tan pronto como volvió hacia ella sus ojos y su mente cruel, dijo: “¡Esto es lo último que faltaba, ramera, que parieras y con la afrenta de tu parto dieras a conocer el entuerto de mi Júpiter! ¡Pero vas a recibir tu merecido, porque te voy a quitar esa figura por la que tanto te gustas a ti misma y le gustas a mi esposo, desvergonzada!” Así habló, y encarándose con ella agarró por el cabello y la obligó a postrarse en el suelo. Ella, suplicando, le tendía los brazos: entonces los brazos empezaron a erizarse de vello negro, las manos se curvaron, les salieron afiladas garras y tomaron la función de pies, y el rostro que una vez había sido alabado por Júpiter se deformó en unas grandes fauces. Y para que sus ruegos y sus palabras implorantes no pudieran enternecer los corazones, Juno le arrebató la capacidad de hablar: de su ronca garganta sale una voz iracunda y amenazante, que infunde pavor. Sin embargo, aun convertida en osa conserva su antigua mente, y manifestando su dolor con continuos gemidos alza hacia el cielo sus manos, cualquiera que sea su forma actual, y parece acusar a Júpiter de ingrato, aunque no puede decirlo. ¡Ah, cuántas veces, sin atreverse a dormir sola en el bosque, vagó errante ante las que habían sido su casa y sus tierras! ¡Cuántas veces se vio acosada entre las rocas por los ladridos de los perros, y aterrorizada, ella, la cazadora, tuvo que huir de quien le daba caza! Muchas veces se escondía de las bestias salvajes,

¹² Se trata de Zeus que después del desafortunado accidente de Faetón se preocupa primero por el estado en el que han quedado las murallas del cielo y después los hombres, entre todas se inquieta por la Arcadia a la que devuelve sus fuentes y ríos, da plantas y árboles y ordena a los bosques que verdeen de nuevo.

olvidando que ella misma era, y aun siendo osa temblaba a la vista de otros osos y se asustaba de los lobos, a pesar de que su mismo padre, Licaón, era uno de ellos.

Y he aquí que llega el hijo de la Licaonia, Arcas, ya próximo a cumplir los quince años, que ignoraba quién era su madre. Estaba siguiendo el rastro de los animales salvajes, eligiendo las gargantas más adecuadas y rodeando con nudosas redes la espesura en los bosques del Erimanto, cuando se encontró con ella, que al verle se detuvo y pareció reconocerle. Él retrocedió, asustándose, en su ignorancia, de aquella que le observaba sin pausa con esos ojos inmóviles, y al ver que ansiaba acercarse se disponía a atravesarle el pecho con una flecha mortal. Entonces el omnipotente lo impidió, paralizando a la vez sus cuerpos y el crimen que iba a cometerse, y elevándolos por el aire en alas de un veloz viento, los colocó en el cielo, transformándolos en dos constelaciones vecinas.

Cuando vio que su rival brillaba entre las estrellas, Juno se enfureció y descendió a las profundidades de la canosa Tetis y del anciano Océano, cuyo respeto tantas veces conmueve a los dioses. Interrogada sobre la razón de su visita, empezó: “¿Queréis saber por qué yo, la reina de los dioses, he descendido hasta aquí desde las moradas celestes? Que digan que miento si, cuando la noche traiga la oscuridad al mundo, no veréis allí unas estrellas, estrellas que me duelen como heridas, a las que acaban de conceder el honor de estar en el alto cielo, en el lugar donde el último círculo, el más estrecho, ciñe en su extremo el eje de la tierra. ¿Habría ya alguna razón por la que alguien se vaya a abstener de ultrajar a Juno, o vaya a temblar si la ha ofendido, puesto que, única entre todos, hago el bien cuando quiero hacer el mal? ¡Oh, qué grande ha sido mi venganza! ¡Qué grande es mi poder! Le impedí que fuera humana: ¡pues ahora es una diosa! ¡Así castigo yo a los culpables, así demuestro mi gran autoridad! ¡Qué le devuelva su antiguo aspecto y le quite su rostro animal, como ya hizo antes con la Forónide, la de la Argólida! ¿Por qué no la conduce a su lado, expulsando a Juno, y la coloca en su lecho, tomando a Licaón como suegro? Por eso vosotros, que me habéis criado, si sentís la afrenta que me han hecho, vetad vuestros azules vórtices a la Osa Mayor, rechazad a esa constelación que ha sido admitida en el cielo gracias a un adulterio, para que no se sumerja una meretriz en vuestras aguas puras”.

Los dioses del mar asintieron, y la hija de Saturno regresó al límpido éter en su ágil carro tirado por variopintos pavos reales”.

IV. 2. Textos relativos a los ritos celebrados en el templo de Ártemis Brauronia¹³.

Escolio a Aristófanes, *Lisístrata* 644 s.
Suda s.v. *arktos*
Hesiquio s.v. *Brauroniois* y *arkteia*
Harpocración s.v. *arkteusai* y *dekateusai*
Anécdota Graeca p. 444 s.v. *arkteusai*
Eustacio, *Comentario a Ilíada* 2, 732),

Incidencia literaria de dichos rituales en la obra de Eurípides, *Ifigenia en Táuride*, v. 1445 ss.

IV. 3. Pervivencia en el cuento popular

Vid. S. González Martín, *¿Existía Caperucita Roja antes de Perrault?*, Salamanca 2005.

¹³ Recopilados por Chr. A. Faraone, “Playing the bear and fawn for Artemio. Female initiation or substitute sacrifice?” en D. E. Dodd – Chr. A. Faraone, *Initiation in Ancient Greek Ritual and Narrative*, London and New York, 2003, 43-68.

Pausanias VIII, 1, 4-4, 2 ((trad. M^a C. Herrero Ingelmo))

Dicen los arcadios que Pelasgo fue el primer poblador de su tierra. Pero es natural suponer que hubiese también otros con él y que no estuviese solo, pues ¿sobre qué hombres habría mandado? Sin embargo, Pelasgo sobresalía en estatura, fuerza y belleza, y en entendimiento estaba por encima de los demás, y yo creo que por esta razón fue elegido para reinar sobre ellos. También Asio ha escrito lo siguiente respecto a él:

*A Pelasgo, semejante a un dios, en los montes de cimas frondosas,
la negra tierra hizo surgir, para que existiera la raza de los mortales.*

Cuando Pelasgo fue rey, inventó chozas, para que los hombres no pasaran frío ni se mojaran con la lluvia ni sufrieran con el calor; además, él fue el que inventó los vestidos hechos de la piel de las ovejas, que todavía usan ahora los pobres en Eubea y la Fócide, e hizo también que los hombres que se alimentaban de las hojas todavía verdes, de hierbas y raíces no comestibles y perjudiciales dejaran de hacerlo. Él descubrió que el fruto de las encinas, no de todas, sino de las bellotas del roble asiático, era alimenticio. Este modo de alimentación persistió desde este Pelasgo entre algunas gentes... En el reinado de Pelasgo dicen que la región recibió el nombre de Pelasgia.

2 Licaón, el hijo de Pelasgo, realizó las siguientes invenciones, todavía más inteligentes que las de su padre: fundó la ciudad de Licosura en el monte Liceo, dio a Zeus el nombre de Liceo y fundó los Juegos Liceos. Que las Panateneas entre los atenienses no fueron establecidas antes yo lo creo. Efectivamente, el nombre de estos juegos era Ateneas, y dicen que fueron llamadas Panateneas en tiempo de Teseo porque fueron instituidas por todos los atenienses reunidos en una sola ciudad.

Los Juegos Olímpicos, como los remontan a antes de la raza humana, diciendo que Crono y Zeus lucharon allí y que los Curetes fueron los primeros que corrieron, por este motivo los excluyo de la presente relación. Yo creo que Cécrope, rey de los atenienses, y Licaón eran contemporáneos, pero no tenían la misma sabiduría en los asuntos divinos. Cécrope, en efecto, fue el primero que llamó a Zeus Hípato y consideró justo no sacrificar nada de lo que tuviese vida, sino que ofreció sobre el altar tortas locales que todavía en nuestro tiempo los atenienses llaman *pélanoi*. Pero Licaón, por su parte, llevó al altar de Zeus Liceo a un niño recién nacido, lo sacrificó y derramó como libación su sangre sobre el altar, y dicen que él inmediatamente después del sacrificio se convirtió en lobo. Yo, al menos, creo en esta leyenda que los arcadios cuentan desde antiguo y posee verosimilitud. En efecto, los hombres de entonces por su justicia y su piedad eran huéspedes y compañeros de mesa de los dioses, y cuando eran buenos, los dioses manifiestamente los honraban, y de la misma manera, cuando pecaban, caía su ira sobre ellos. En esta época, algunos hombres se convertían en dioses, los cuales incluso ahora reciben honores, como Aristeo, Britomartis de Creta, Heracles, hijo de Alcmena, Anfiarao, hijo de Oicles, y además Polideuctes y Cástor.

Así es como se podría creer que Licaón se convirtió en una fiera y Níobe, hija de Tántalo, en piedra. Pero en mi tiempo, como la maldad ha aumentado muchísimo y se ha extendido por toda la tierra y todas las ciudades, ya ningún hombre se convierte en dios, excepto en la adulación a los poderosos, y la venganza de los dioses está reservada para los injustos tarde y cuando se van de aquí.

En todos los tiempos, muchas cosas que sucedieron antiguamente y otras que todavía están sucediendo los que han construido mentiras sobre verdades las han hecho increíbles para la mayoría de la gente. Por ejemplo, dicen que después de Licaón se convertía siempre un hombre en lobo en el sacrificio de Zeus Liceo, pero que no lo era para toda su vida, pues si, cuando era lobo, se mantenía alejado de la carne humana, después, a los diez años, se convertía de nuevo en hombre, pero si la probaba, permanecía para siempre fiera salvaje.

De la misma manera dicen que Níobe llora en el monte Sípilo en verano. He oído también otras cosas: que los grifos tienen manchas como las de las panteras y que los Tritones hablan con voz humana. Otros también dicen que soplan a través de conchas agujereadas. Los que disfrutan oyendo cuentos son también propensos a añadir otros elementos maravillosos, y así dañan las verdades mezclándolas con las mentiras.

3 En la tercera generación después de Pelasgo la región aumentó el número de sus ciudades y hombres. Níctimo era el hijo mayor y ostentaba todo el poder. Los restantes hijos de Licaón fundaron ciudades donde cada uno prefirió. Palante fundó Palantio; Oresteo, Orestasio, y Figalo, Figalia...

Por Helisonte han recibido la ciudad y el río Helisonte sus nombres, de la misma manera que Macaria, Dasea y Trapezunte recibieron también los suyos de los hijos de Licaón. Orcómeno fue el fundador de la llamada Metidrio y de Orcómeno, a la que Homero llamó en sus versos "rica en rebaños"...

Ménalo fundó la ciudad más famosa de Arcadia antiguamente, Ménalo, y Tegeates y Mantineo fundaron Tegea y Mantinea respectivamente. Cromos recibió el nombre por Cromo, y Carisia tiene como fundador a Carisio, Tricolonos recibió su nombre por Tricolono, por Pereto Peretes, Asea por Aseatas, Licoa por Licio y Sumatia por Sumateo. Alifero y también Hereo fueron epónimos de ciudades.

Pero Enotro, el más joven de los hijos varones de Licaón, le pidió a su hermano Níctimo dinero y hombres y cruzó con naves a Italia, y la región de Enotria recibió su nombre del rey Enotro. Ésta fue la primera expedición que se envió fuera de la Hélade para fundar una colonia. Según un cálculo exacto, ninguno de los bárbaros llegó antes que Enotro a una tierra extraña.

Además de toda su prole varonil, Licaón tuvo una hija, Calisto, y con esta Calisto –cuento lo que cuentan los griegos– se unió Zeus, que estaba enamorado de ella. Pero cuando Hera los descubrió, convirtió a Calisto en osa, y Ártemis la asaeteó para complacer a Hera. Zeus envió a Hermes con el encargo de que salvara al niño que Calisto tenía en su vientre. A la propia Calisto la convirtió en una constelación llamada Osa Mayor, de la que Homero hace mención en el viaje de Odiseo de vuelta del lado de Calipso:

*Mirando a las Pléyades y a Bootes que se oculta tarde
y a la Osa, a la que dan el sobrenombre de carro.*

Pero las estrellas tal vez tengan simplemente su nombre en honor de Calisto, puesto que los arcadios muestran su tumba.

4 Después de morir Níctimo, Árcade, hijo de Calisto, recibió el reino. Introdujo el cultivo de los frutos que aprendió de Triptólemo y enseñó a hacer el pan y a tejer vestidos y otras cosas, y el oficio de hilar lo había aprendido de Adristas. Después de este rey la región se llamó Arcadia en lugar de Pelasgia y sus habitantes se llamaron arcadios en lugar de pelasgos.

Dicen que se casó no con una mujer mortal sino con una ninfa Driade, pues hay ninfas que son llamadas Driades, Epimeliades y otras Náyades.